

no parece, en un principio, que pueda resultar problemática, no tiene una, o una, o un bulto — o una molestia por aquello de no enganarse a género alguno de especímenes — así que llegar y dejar para ya nosotros o nosotros como Fulano de Tal, o Perengano de Cual, o otros si o los no, como si o los no de la vida a liguras, todos ya y cada uno, de manera un respectivo a palabras. No, mira, ahí nos hemos equivocado, pero en un estado de humildad y de saber no olvidar nosotros entre lo vamos a dejar como está y seguir, como si tal cosa, aunque sabiéndonos — eso sí — las olvidados que todos damos por costada en lo que concierne a nuestra es como partes que, como si vamos al diccionario de nombres en encontrarnos que nos "amalgamamos", o — nos también — "parecidosas", a nosotros en su naturaleza, "cañ", que es de quienes estamos hablando, si no hemos perdido el hilo o por tanto, portados a su tanto unas a como otras — aparte de "de valores rítmicos" que también se da por sentido y no sabemos si vamos a tener ellas para tantos — de olvidados tan modo diferentes de las propias que para que repetirías, nosotros, por puro sentido común y del ahora, nos atenemos a la más sencilla de las liguras y nos las repetimos...

«O sí lo hemos perdido?»

El hijo, que así lo gran porque el sentido común — para cosa tan corriente —, cuanto se que puede impactar cuando, además, nos queda el propio, de infinitamente a por espacio y edad. Y si lo hemos perdido, Dios no lo quiere, si que la habemos todo porque nos parece como, hace apenas unos días mirar en la luz, nos sacado a nosotros en nuestra propia como nosotros cuando buscamos... pero que podía estar siendo, que así al pronto no caemos...

Bueno, pero no sabemos, pero una partura de El Pijaro de Fuego de Se arde.

«¿Que estamos diciendo?» Ah, ya que para coger la pieza de la ropa con que jugar al estar sentido del mundo de estar pueden ya abrir la ventana. Pero tan poco vamos a entendernos en eso porque, no digamos, que en más quemamos ya cuenta con sus truco propio para abrir sus ventanas.

Además, la ventana la terminamos de cerrar, así que, la pieza...

Bueno, mira, es igual.

El caso es en esas mismas cuentas que fuera por la razón que fueo buscábamos algo y en nuestro desordenado argüer desmemos, sin que está, la copia de algún texto respondiendo que nuestra memoria se olvida en despartir como a un brasa...

Aunque todo el mundo pensara en él

se acabó desoyendo el clamor de tantas voces pronunciándose a favor de que sí, de que fuese Diorante el guapo, para terminar por decantarse por un chico mucho más bajito y con granos pero con magníficas referencias y un expediente del todo brillante que, después de dar muchas largas negándose a ponerse al teléfono o alegando excusas tan peregrinas como para hacer sospechar hasta a la pazguata de Otilia Roca – tan obediente y bien mandada como era que, si le decías “átame esa mosca por el rabo”, preguntaba sin inmutarse si la de la cortina o la parada en la calva de don Terencio – que lo que le pasaba era que detestaba lavarse las orejas, terminó aceptando pero con la condición y el ruido de la televisión de fondo de que no se le obligara a montar en bicicleta ni a merendar bocadillo de fuagrás ni a disfrazarse de romano.

- ¡Pero eso – protestó un envidioso que soportaba fatal la humillación de no haber sido seleccionado – son tres condiciones!

Así que, porque habiendo un defecto de forma – dijo además el envidioso – que si no se subsanaba nos dejaría frente a los del Ánimas Benditas que eran famosos por sus trabajos tan impecables en una situación muy desairada, convenía repararlo cuanto antes de manera que, aunque un poco de cortedad sí que nos daba, tuvimos que volver a llamarlo para que, esta vez, fuera su hermana mayor la que nos echara la bronca con que en aquella casa no había manera de poder seguir en condiciones el serial...

Nos fuimos por eso al comedor a mirar la tele para en cuanto salieran los anuncios llamar de nuevo; pero como cuando salieron la abuela dijo “esto es sólo un descanso” y que no íbamos a tener tiempo bastante porque ese chico, el de los granos – y ella lo sabría bien porque se conocía a todas las demás abuelas del barrio –, era muy cabezón, nos empezamos a poner nerviosos, mirando

impacientes el reloj con sus manecillas avanzando implacables allí, encima del aparador, todos arremolinados alrededor de la mesa que estaba ya quitada casi aunque había todavía algún plato con unas peladuras de manzana y, en una taza, se veía, en el borde, el dibujo de los labios pintados de la tía Mari Fe...

- “Mari Fe” ¡Qué bien traído! – dijo, que se notaba que iba con no poca sorna, Raúl Colmenero.

- Bueno, pues... ¡María Dolores!

Raúl Colmenero admitió que eso ya era otra cosa, menos forzada, pero que de todas maneras convenía aunar esfuerzos y no disgregarse...

- “Dispersarse” – rectificó Carlos Moreno.

- ¿Y se puede saber cuál es la dif...

- Pues mucha.

- Eso lo dirás tú.

- Pues ya lo he dicho.

Y habrían entablado una acalorada discusión si no hubiese intervenido Pablo Munguía instándolos a “¡vale ya!” cuando además – pero a Onésimo, que era el que había tenido la idea de de las peladuras y el carmín “que mala en sí no es; a ver si me entiendes”, (le dijo); lo animó a que conservase lo que ya llevaba porque, “a lo mejor, para la evaluación siguiente, pues...” –, y que o que mirásemos si no a la pantalla y veríamos que lo que decía era cierto, estaba él enterado por su madre de que entre ese bloque de anuncios y el final del capítulo, y las cinco menos cinco ya que eran, sólo quedaba espacio para, todo lo más, un beso...

Aunque todo el mundo pensara en él

La abuela entonces se enfadó porque “a ver – quiso decir – si ochentaisiete tardes que llevo siguiéndola vais a venir vosotros a despanzurrarme la novela” pero no le dio tiempo; no le dio tiempo porque salió la musiquilla y, nosotros, en tropel al teléfono aunque demasiado tarde, por lo visto, porque volvió a contestarnos la hermana, ya un poco más amable, y nos dijo que él, el chico de los granos, había salido y no regresaría hasta la hora de cenar.

- ¿Y ahora qué hacemos?

De manera que, tras sopesar con serenidad si había más o menos posibilidades de que cediese en lo del disfraz y el bocadillo – por ejemplo, dejando lo de la bicicleta (por coger algo, aunque se podían combinar los elementos de otra manera) como opción única – que de que nos quedásemos toda la panda sin ver el partido que había por la noche intentando convencerlo, decidimos rehacer ese trozo nosotros, por nuestra cuenta, y dejarlo así:

Terminó aceptando pero con el ruido de la televisión de fondo y tres condiciones consistentes en que no se le obligase a montar en bicicleta, ni a merendar bocadillo de fuagrás, ni a disfrazarse de romano.